



El discípulo al cual Jesús amaba

“Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba, dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Oyendo, pues, Simón Pedro que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se la había quitado), y se echó al mar.” (Jn 21, 7)

¿Alguna vez se han preguntado por qué Juan se refiere a sí mismo como el discípulo amado por Jesús? Puede sonar ególatra o incluso egoísta pensar que Juan creía que Jesús lo amaba sólo a él o que lo amaba más por sobre los demás. Sin embargo, hay una razón mucho más profunda en esta forma de llamarse, un sentimiento profundo de amor que Juan reconoce y que nos invita a cada uno a participar de él, a ser el discípulo amado por Cristo en el día a día.

El amor es un tema central de los evangelios y cartas pastorales de Juan. De sus escritos sacamos continuamente la necesidad de amarnos los unos a los otros, del amor como una marca del verdadero hijo de Dios o del amor como la forma de vida de los hermanos en la iglesia. A lo largo de esta reflexión queremos repasar algunos momentos en que Juan se siente amado por Cristo para entender **cómo podemos ser nosotros mismos el discípulo amado.**

El primer momento es en la última cena (Jn 13, 21-26) y especialmente en la primera frase del capítulo: *“habiendo amado a los suyos, los amó hasta el final”* (Jn 13,1), aquí Jesús sabe que son sus últimos momentos con los discípulos pero se preocupa más de servirlos que de ser servido. Primero Jesús hace lo que nadie quería, les lava los pies a todos los presentes. Luego, comienza a enseñarles acerca de la importancia de la humildad, el amor y de lavarse del egoísmo y la búsqueda de los primeros lugares. Finalmente termina recordándoles que sólo el que sirve a los demás puede considerarse importante en el reino de Dios.

Este primer pasaje nos revela cómo Juan experimenta el amor de Dios desde el servicio, aún cuando Jesús era consciente de lo que iba a pasar, que era el último momento para compartir una cena y sabiendo que uno lo iba a entregar se preocupó de que estuvieran bien servidos hasta el final, enseñándole a sus discípulos sobre la humildad y el amor a partir de su ejemplo, dejando el primer lugar y poniéndose a los pies del otro. **Juan se siente amado al verse cuidado por Jesús**, el pastor que aún en los peores momentos se preocupa de su rebaño.

El segundo momento es nada menos que con Jesús clavado en la cruz : “cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.

Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.” (Jn 19, 26-27). **Juan se siente amado al verse valorado por Jesús** quien en un momento tan difícil le da la misión de cuidarse mutuamente con la Virgen. Cuando se le delega esta responsabilidad se produce en el discípulo un sentimiento que va más allá de sentirse importante o meramente valorado, él se siente amado por Cristo. Un Cristo que está sufriendo en la cruz por amor a toda la humanidad y que por ese mismo amor encomienda a Juan la misión de acompañar y cuidar a María.

El tercer momento es el Domingo, día de la resurrección. La escritura en Jn 20, 1-9 nos cuenta cómo después del tercer día María Magdalena llega corriendo a avisarle a los discípulos que Jesús ha resucitado, “entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús...” (Jn 20, 2). Juan, al entrar en el sepulcro vacío cree inmediatamente que ha resucitado sin tener que pasar por el periodo de duda que experimentaron los otros discípulos.

Juan se siente amado al ver que Cristo cumple con sus promesas, aunque ninguno de los otros crea lo que ha pasado, Juan confía en el Señor y se siente amado porque sabe que Él cumple su palabra, que no los abandona en la muerte sino que resucitó para estar con ellos siempre. Juan confió en Cristo, mantuvo la Fe en Él a pesar de tener la incertidumbre sobre qué iba a pasar. El amor que Juan tenía por Cristo y Cristo por él, es símbolo de que la promesa siempre estuvo cumplida para Juan.

El cuarto momento es en la llamada “pesca milagrosa” en Jn 21, 1-14. Los discípulos seguían incrédulos de la resurrección de Jesús y desesperanzados salen a pescar por sugerencia de Pedro. Una vez en el Tiberíades y en medio de una pésima pesca se aparece Cristo resucitado y el único que lo reconoce es Juan: “entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar” (Jn 21, 7) . Aquí Jesús obra milagrosamente y los discípulos recogen sus redes llenas de peces. Luego, comparten una comida que Cristo les había preparado en la orilla. Aquí vemos cómo con los ojos del amor uno es capaz de reconocer aquello que parece invisible para los otros, pues **Juan se siente amado al saberse guiado por Jesús**.

Finalmente tenemos el quinto momento enmarcado en el cierre del Evangelio de Juan. “Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?” (Jn 21, 20). Jesús está viviendo sus últimos momentos con los discípulos antes de ascender al cielo y Juan deja bien en claro que el propósito de haberlo visto es salir y ser testigos para el mundo de su resurrección.

Juan se sabe amado cuando es testigo fiel de su maestro. Y aunque pueda sonar raro sentirse amado cuando eres tú el que tiene que hacer algo, hay que tener claro que Juan lo sabe porque está cumpliendo la voluntad del Padre, está siguiendo lo que es mejor.

De esta manera el evangelio de Juan no es más que una invitación a todos nosotros para sentirnos amados por Dios, para saber sentir esa cercanía y cariño del Padre en nuestro día a día y convertirnos en aquel discípulo amado que tanto se menciona.

Habiendo comprendido esta idea del sentirse amado por Dios nos queda preguntarnos, ¿qué hago ahora con todo este amor?. El Papa Francisco nos ayuda a responder la pregunta citando al mismo Juan diciendo: “Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras” (1 Jn 3,18). Un amor tan grande como lo es el amor de Dios no puede quedar sin respuesta, estamos llamados a difundirlo pero sobre todo a ponerlo en obras día a día.

Este amor del Padre se basa en dos pilares: Dios nos amó primero (cf. 1 Jn 4,10.19); y nos amó dando todo, incluso su propia vida (cf. 1 Jn 3,16). Aún cuando Dios no espera nada a cambio, es tal la fuerza con la que infunde nuestros corazones que no podemos guardarnos ese amor sólo para nosotros; tenemos que salir y hacerlo tangible desde nuestras distintas realidades para que poniendo el amor en el centro lleguemos a mover nuestras vidas y generar compasión y obras de misericordia en favor de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

Como vimos, Juan pasó por buenos y malos momentos, pero el amor de Cristo fue siempre lo que lo animó a salir adelante. Es precisamente en estas situaciones donde más debemos reconocernos como discípulos amados para ser testigos de ese amor que Dios tiene por nosotros, un amor que no nos abandona porque Él siempre nos ama. Debemos sentirnos amados por Dios en nuestro día a día, teniendo en cuenta que, si bien es fácil verlo en lo bueno, Dios siempre está presente también en lo malo y ahí es especialmente cuando debemos apoyarnos en Él. Así, sintiéndonos amados por el Padre, seamos luces que ponen el amor en obras y encienden la esperanza de quienes no la encuentran. Que el amor por los demás y por Cristo sea nuestro motor de acción para ser el fuego que enciende otro fuego y lograr así compartir el mensaje de Él.